

## LA ESCUELA MEXICANA\*

---

---

Agradezco al señor Presidente de la República el deseo que me expresó de que mi primer acto como Secretario de Educación fuese el de concurrir en su compañía a la inauguración de vuestro Congreso. Ello implica una prueba de fe en lo que se propone emprender la dependencia que ha sido puesta a mi cargo; pero, más aún, en lo que unos y otros conseguiremos si trabajamos unidos estrechamente, bajo el auspicio de los valores espirituales de solidaridad, de conciliación y de patriotismo que deben servirnos de guías en nuestra cruzada de educación.

De esa cruzada, vosotros sois los soldados intrépidos y constantes. Nada, por tanto, podía parecerme más adecuado que aprovechar esta oportunidad para indicaros cuáles serán las bases de nuestro programa y cuáles los cauces de la colaboración que habremos de solicitar de vuestra honradez.

A la postre, México valdrá lo que valgan los hombres y las mujeres que en él habitan. Y el valor de las mujeres y de los hombres está en función de su integridad, de su aptitud para el bien, y de su concepción social de sus derechos y obligaciones. En suma: de la espontánea subordinación de sus intereses particulares a los intereses de la comunidad.

Todas estas virtudes no se improvisan. Los talleres en que se forja el alma de un pueblo son los hogares y las escuelas. Y, cuando una parte de esos talleres se halla a merced de las tempestades políticas, el equilibrio se altera y los apetitos parciales se sacian a costa del progreso de la Nación.

Para que la obra del magisterio redunde en el beneficio que de ella esperamos, hay que apartarla no de las altas aspiraciones de la política (sin las cuales se establecería un contraste absurdo entre el maestro y el ciudadano) sino de esas apetencias mezquinas, de núcleos o de personas, en las que tantos caudales humanos se han agotado.

Si hemos de hacer de la educación un baluarte inexpugnable del espíritu de México, habremos de comenzar por eliminar toda agitación malsana de sus recintos.

---

\* *Discurso pronunciado en la sesión inaugural del Congreso de Unificación Magisterial, el 24 de diciembre de 1943. Se publicó con el título La escuela Mexicana. Exposición de la doctrina educativa, Secretaría de Educación Pública, México, 1944, pp. 9-21.*

Los derechos que habéis logrado son garantías que ninguna autoridad comprensiva intentará desarticular jamás. Lo que importa es que esas garantías no se conviertan ni en un escudo para la inercia, ni en una protección para el ocio, ni en trampolines de asalto para eventuales demoledores. El evitar esos riesgos os interesa tanto como al Gobierno. ¿Cómo, en efecto, podría explicarse que os congregais para desmentir en común lo que, aisladamente, es materia vital de vuestros preceptos, orgullo de vuestro oficio y lema de vuestras cátedras: la disciplina, el celo patriótico y el respeto sincero del ideal?

Estamos viviendo horas de insólita gravedad. El mundo se encuentra en guerra. Y ninguno podría hoy prescindir con honor de las inquietudes que infunde un conflicto tan gigantesco, en el que no son nada más las tropas las que combaten sino los pueblos y las ideas, las artes, las ciencias y las doctrinas: todas las manifestaciones de la materia y todos los instrumentos del espíritu. Ante esta movilización de conceptos que nos habíamos acostumbrado a juzgar como insobornables; ante esta esclavitud de las técnicas y ante esta imagen de una cultura que —tras de organizar a sangre fría la destrucción— acampa a la orilla de las trincheras, desliza folletos de propaganda en las mochilas de los soldados e inunda el aire con difusiones de cólera y de mentira, es natural que los seres se sientan sobrecogidos por el temor de que, en tan formidable contienda y aunque venzan los adalides de la justicia, salga maltrecha y herida la civilización de la Humanidad.

Con razón México se interesa por evitar que prospere sobre la tierra el sistema inicuo que ha cometido tantos delitos. Y con razón los maestros de México procuran unirse más firmemente para defender a la democracia en lo que tiene de más genuino.

En su último Informe al Congreso, nuestro Primer Magistrado emitió estas palabras confortadoras:

Aspiramos a una enseñanza integral que fomente sin distinción las cualidades que hay en el hombre y no haga de él un esquema trunco, en que la especialización se concrete a reglas mecánicas y automáticas. Que el obrero, el agricultor, el artesano, el artista, el profesionista y el sabio mismo amen su oficio, su arte, su ciencia y su profesión, pero como fragmentos de un todo: el de la comunidad en que colaboran.

Democrática y mexicana por inspiración, nuestra escuela habrá de ser hondamente social en su actividad. Lejos de nosotros la pretensión de los dictadores que se apoderan del educando como pieza anónima y obediente del sistema despótico que gobiernan. Sin embargo, tampoco estimamos que el papel de la escuela haya de ser en México el de un mero almacén de datos e informaciones. Lo que se sabe vale más por la forma como se sabe y por la finalidad ulterior a que se destina. Por eso, más importante que acumular materiales resulta indudablemente formar criterios.

¿Cómo podrían estos plausibles propósitos no animar a nuestro país? Incorporado a la vida internacional por el descubrimiento de América, México está vinculado a los momentos más luminosos de toda la historia moderna: a la expansión de la sabiduría de Occidente, producida a partir de Colón y de Magallanes; a la aparición de ese nuevo modo de comprender la existencia política del que fueron magníficos testimonios la Revolución Francesa y la Declaración de los Derechos del Hombre y, ahora, al apasionado y viril fervor con que pelean los pueblos libres para derrotar a las fuerzas de la barbarie.

Si agregamos a estas circunstancias universales las que derivan de la evolución de nuestros aborígenes y si añadimos al pensamiento europeo, transmitido por los colonizadores, el patrimonio de los pobladores indígenas (cuya sangre fluye en las venas de millones de mexicanos) percibiremos lo que significa nuestra República: una síntesis generosa de anhelos y privaciones, de sufrimientos y de alegrías, de realidades y de ideales.

Todos esos ideales y esos anhelos se oponen irremisiblemente a la dictadura de la violencia. No es sólo nuestro Gobierno, es el alma de nuestro pueblo la que proclama la urgencia de suscitar una educación encaminada hacia el bien y hacia la justicia. Es el alma de nuestro pueblo la que nos manda. Y es ella, asimismo la que deberá presidir vuestras discusiones.

¿Cuáles serán los principios de vuestra unificación? Corresponde a vosotros el precisarlos. Pero es un deber para mí el referirme a los fines que la Secretaría de Educación Pública tendrá que marcar a vuestras tareas. Permitidme, por consiguiente, plantear el problema en sus perspectivas más generales.

Para determinar lo que ambicionamos, conviene ponernos de acuerdo acerca de los que fuimos y lo que somos. En resumen, nuestra civilización nos ofrece el fruto de dos culturas: la de Europa y la de las colectividades precolombinas. Si la contribución de las masas indígenas –que México tiene a orgullo– es sobre todo ostensible en esos factores imponderables que emanan de la sensibilidad y el temperamento; si su influencia se enlaza a nuestro carácter como se adhiere al fuste de las columnas levantadas por los arquitectos de la Colonia la hiedra de los motivos ornamentales, en que el observador reconoce la mano del operario nativo, sensual y cauta; si su lágrima secular es la que irisa de pronto la emoción de nuestra poesía y de nuestra música, ¿cómo, en cambio, negar que las líneas cimbras de nuestras actuales instituciones, nuestra conciencia histórica, la unidad de nuestro lenguaje, el trazo de nuestras reglas jurídicas y la concepción de nuestra responsabilidad internacional hacen de la cultura de nuestra Patria una prolongación matizada pero inequívoca de la cultura espléndida de Occidente?

Ahora bien, los dos focos de esa cultura son el criterio claro y concreto de las humanidades grecolatinas y la filosofía piadosa del cristianismo. El primero ha inspirado nuestra inteligencia. La segunda impregna nuestra moral. Uno y otra se hallan presentes en nuestra vida. Y contra ambos está enderezada la máquina destructora del pensamiento totalitario.

Esto nos marca una norma estricta: la de perfeccionar nuestra educación sin traicionar nuestras tradiciones, pero sin promover obstáculos insalvables a la renovación incesante del porvenir. Tendremos que rechazar los procedimientos que modelaban al individuo sin tomar en cuenta a la sociedad, para el solo provecho efectivo de una casta, de un régimen o de un credo y habremos igualmente de repudiar la crueldad de los dogmas nazifascistas.

De ahí que la educación del carácter nos parezca el precedente y el corolario de toda buena instrucción. En esta materia, la familia debe ser una colaboradora importante de los Gobiernos. Mas si el Estado no ha de cegar las fuentes que la enseñanza de la familia le proporciona, tampoco puede olvidar sus primordiales obligaciones de vigilante y de orientador. Una enseñanza que no desenvuelve en los seres el sentido nacional y social, los entrega –por abdicación o por impericia– a todas las amenazas, ya que la superficie más accesible a la corrosión de las propagandas desquiciadoras se halla frecuentemente en la conciencia dúctil de la niñez.

La libertad de creencias es un principio indispensable y vital de la democracia. Precisamente porque así lo apreciamos, pondremos nuestro mayor empeño en acatarlo cumplidamente y consagraremos toda nuestra energía a velar porque los intereses organizados por las creencias no traten de minar esa libertad, que las leyes les aseguran, intentando luchar unas contra otras en nuestro seno e introduciendo subterráneamente en la estructura educativa de México esos gérmenes de discordia y de sectarismo que motivaron en el pasado tantos conflictos, tantos errores y tantos lutos.

Conservaremos intacta la ejecutoria de la Revolución Mexicana. La doctrina social que sustenta nuestra Constitución es una respuesta a los sufrimientos que México padeció durante esos períodos de su historia en los que, bajo el disfraz de un individualismo más aparente que verdadero, se intentó frustrar muchos de los propósitos colectivos esenciales para la libertad y la vida de la República: lapsos oscuros durante los cuales la inacción de las autoridades fue aprovechada no tanto con el objeto de liberar a los educandos del control de los órganos del Gobierno, cuanto para someterlos de hecho a influencias menos visibles, muchas veces extrañas y que podían estar en oposición con la causas legítimas del Estado.

Sin pasividades ni intolerancias, la educación ha de concebir algo más decisivo y fecundo que una somera tarea de ilustración o una simple habilitación de emergencia para ciertos oficios y profesiones. Sabemos cuántos dramas humanos tienen su origen en la contraposición del carácter de un pueblo y las formas externas de su cultura. Y sentimos que sería un error lamentable empeñarse en ceñir arbitrariamente el primero a las consecuencias de las segundas, pues tenemos la certidumbre de que las únicas culturas activas son las auténticas. Es decir: las que brotan, sin deformaciones artificiales, de las raíces de la comunidad.

Reconociéndolo así, proclamamos que en nuestro país la educación ha de tratar de enseñarnos principalmente a valorar nuestra propia alma, a estimar la eficacia de sus virtudes y a reconocer el lastre de sus defectos, asimilando las cualidades aprovechables, coordinando las diferencias irreductibles; civilizando, en una palabra, a los grupos que el aislamiento y el abandono han dejado a la zaga del progreso de las ciudades; dando a los centros urbanos interés por las poblaciones del interior; inculcando en unos y en otras el amor de lo autóctono, de lo nuestro y al mismo tiempo despertando en todos una vocación multiforme: la de la vida.

Sólo en un pueblo consciente del abismo que media entre la ciencia de vivir y la paciencia de vegetar podrán florecer con vigor las manifestaciones más altas de la cultura. Nadie empieza una construcción por los adornos del frontispicio, sino por la obra de los cimientos. Por eso hemos de cuidar de no invertir los términos del problema, de no preferir a lo sólido lo brillante y de no incurrir en esos sistemas de domesticación y de amaestramiento que las minorías imponen de arriba abajo, ya que en todas las ocasiones en que el hombre ha logrado aquilatar su destino con lucidez, ha procedido de abajo arriba, subiendo de la multitud a la selección y haciendo de ésta un símbolo y un resumen.

Lo más entrañable de nuestra empresa radicará en incitar a vivir a la gran mayoría de nuestros compatriotas; porque la sabiduría de vivir no estriba en soportar la vida y en resignarse a llevarla como una carga. Y eso —con mayor o menor estoicismo— es lo que casi siempre hacemos los mexicanos.

Pero no se enseña a apreciar la vida con meras prédicas generales desprovistas de un sentido leal de la realidad. Cuando un maestro se acerca a los miembros de una colectividad despojada y olvidada desde hace siglos por la cultura, lo que éstos necesitan no es un discurso sino una serie de reglas útiles y sencillas, algunas fórmulas (fáciles de aprender y de retener) para mejorar la técnica en lo que hacen, determinados consejos de salud física y de limpieza moral y, más que nada, calor sincero de simpatía, emoción de fraternidad humana, afecto, estímulo, estimación.

Una existencia pura es la mejor garantía de una enseñanza eficaz. En ocasiones, la bondad del espíritu y la nobleza del corazón valen tanto como un diploma. Os invito pues a que no admitáis en vuestro seno sino a maestros de conducta irreprochable y a que colaboréis con la Secretaría de Educación para preparar a las nuevas generaciones de profesores. Por nuestra parte, uno de nuestros mayores afanes consistirá en favorecer la creación de centros de capacitación para el magisterio; institutos normales en cuyos planes de estudio el pedantismo no asfixie a la realidad, las tendencias empíricas no inciten a desdeñar la amplitud del conocimiento humano y el deseo de esa amplitud no induzca tampoco a una imitación servil del pasado o de lo extranjero.

Estoy seguro de que, entre la compañía de un improvisado, que sólo debe su nombramiento a un azar político y la de un colega salido de un buen plantel, ningún verdadero maestro se sentirá dispuesto a dudar. Todo profesor que aconseja el bien pero acepta el mal y lo practica por comodidad o por cobardía, no es un maestro.

¿De qué serviría instruir a nuestros alumnos si lo que van a leer al salir de la escuela es la constancia entristecedora de nuestras insuficiencias y nuestros vicios?

Ante interrogación tan punzante vienen a mi memoria las palabras de Calibán en “La Tempestad” de Shakespeare: “Me habéis enseñado a hablar y he aquí lo que ello me ha reportado: sé maldecir...”

Y es que, mientras la Secretaría de Educación no sea un órgano efectivo de definición para la moral pública, llamarla “de Educación” constituirá a lo sumo un alarde retórico intrascendente.

La civilización suele llevar en sí misma a sus adversarios: el utilitarismo, la especialización exagerada y la creciente desproporción entre la capacidad del talento y el dominio de la virtud. A este respecto, citaré aquí las frases de un distinguido parlamentario noruego: “Si la educación democrática no inyecta en los jóvenes una convicción más honda y apasionada de los valores eternos de la vida que la instilada en la juventud totalitaria, las democracias no sobrevivirán, aun cuando ganen la guerra. Si la educación democrática no puede producir valientes soldados de la paz, creadores de la nueva libertad, hombres que se sacrifiquen gustosamente, jamás lograremos una paz duradera.”

Este, señores, es el aspecto profundo de la cuestión. El ideal de la democracia y la vida de América están tan inextricablemente ligados que ser, para nosotros, es

aspirar a ser íntegramente demócratas. Tanto es así que las vejaciones con que las tiranías personales han vulnerado a la democracia no han obtenido sino detener transitoriamente su evolución, originando conflictos en que la sangre de las masas, al derramarse, ha vuelto a sellar ese augusto pacto de alianza que América, en el amanecer de su independencia, firmó con la libertad.

Para que los nuevos mexicanos tengan fe en la educación que les sea impartida, de nada servirá el perfeccionamiento de nuestros métodos, si ese perfeccionamiento no se conjuga con la depuración de nuestra política y con el respeto de nuestras instituciones. Para nuestra cultura, uno de los riesgos más graves puede surgir de que —llevados de la superstición verbalista que singulariza a las colectividades en trance de integración— consideremos que la democracia es una fórmula de repercusión automática, un conjuro mágico y que basta invocarla en teoría para que opere, pues, mientras nuestros actos no se ajusten a nuestros postulados, los niños y los adolescentes de nuestra Patria no entregarán a la educación sino una alma escéptica y angustiada.

Internacionalmente me he referido hasta estos momentos a un solo aspecto de nuestro problema educativo: el de la enseñanza primaria, con sus consecuencias directas en la incorporación de las masas adultas, rurales y urbanas. Juzgo, en efecto, que ese aspecto de nuestra actividad es el que tiene ahora máxima urgencia; pero el hecho de concederle el primer lugar en nuestra atención no nos autorizará a descuidar las posibilidades de la enseñanza técnica ni la necesidad —cada vez más clara— de una correcta formación secundaria, preparatoria y normal, ni, por supuesto, la suprema ayuda de un desarrollo universitario bien coordinado.

El peligro de la acción popular que nos proponemos podría residir en su permeabilidad para algo sumamente nocivo; el afán de improvisación. Si no deseamos caer en generalizaciones simplistas y en gestos líricos, hemos de resistir a la atención de lo rápido y de lo fácil. Entre crear —por ejemplo— diez misiones accidentales, carentes de dirección y de material, y establecer un pequeño centro, modesto pero efectivo, dotado de útiles y de libros y administrado por profesores conscientes de su papel, nuestra elección no vacilará un solo momento. Lo primero constituiría en espectáculo; lo segundo implicará una labor.

Necesitamos técnicos tanto como maestros. Técnicos de la enseñanza y, también, técnicos de la industria. Sin embargo, cuidaremos mucho de no tomar los métodos por los fines y de no confundir el sentido práctico de la vida con una filosofía utilitaria, de egoísta y espesa mediocridad.

La técnica ha de ser un medio; nunca un propósito último y decisivo. Hay un oficio que priva sobre todos los otros: el de ser hombre. Evitaremos por eso que, para

enseñorear a la técnica, se pretenda deformar o empequeñecer nuestra humanidad. Y, ante cualquier perfeccionamiento episódico del instrumental de la civilización, nos preguntaremos como John Ruskin frente al cable que iba a unir por primera vez a la India con Inglaterra: “¿Qué mensaje transmitirá?”

Lo que da su importancia al telégrafo no es, en verdad, la corriente que lo atraviesa, sino el mensaje que conduce. Y en la función creadora de ese mensaje –que, por lo que concierne a nuestro país, será la lección perdurable de México– esperamos que colaboren con nosotros todos los elementos de enlace que posee la inteligencia: los maestros, las universidades y los periódicos, los pensadores y los artistas, los padres de familia y las agrupaciones representativas de la juventud.

Si me he extendido al daros a conocer los principales lineamientos del programa de la Secretaría de Educación Pública, es porque estimo que en una hora en que hacéis un sincero esfuerzo para lograr vuestra unificación, podrá alentaros sentir que esa unificación que buscáis nos es necesaria y que, una vez lograda, no la utilizaremos para ningún fin estrecho y partidarista, sino para servir mejor y con mayor eficacia a nuestra República.

Nuestras actividades abarcarán en lo sucesivo un escenario muy amplio. Para llevarlas a cabo será menester que el país no pierda confianza en vosotros, que os sienta siempre en un plano superior a la hostilidad de las sectas y a los rencores inútiles de los grupos. Aun separados, sois una fuerza; pero una fuerza de la que suelen salir disidencias, obstáculos y querellas. Juntos, vuestra fuerza será mayor y tendrá además un resultado más importante y más respetable: el de actuar paralelamente al espíritu de unidad que anhelamos todos los mexicanos.

Con mis votos por que así sea, os saludo muy cordialmente y, en nombre del señor Presidente de la República, expreso el sincero deseo de que las labores de vuestro Congreso contribuyan a sustentar nuestra educación sobre las bases dignas y firmes a que aspiramos.